

Pica, a la verdad, en historia la unanimidad con que todas las clases españolas ostentan su repugnancia hacía los políticos.

Diríase que los políticos son los únicos españoles que no cumplen con su deber ni gozan de las cualidades para su menester imprescindibles.

Diríase que nuestra aristocracia, nuestra Universidad, nuestra industria, nuestro ejército, nuestra ingeniería, son gremios maravillosamente bien dotados y que se encuentran siempre anuladas sus virtudes y talentos por la intervención fatal de los políticos.

Si esto fuera verdad, ¿cómo se explica que España, pueblo de tan perfectos electores, se obstine en no sustituir a esos perversos elegidos?

Hay aquí una insinceridad, una hipocresía.

Poco más o menos, ningún gremio nacional puede echar nada en cara a los demás,

Allá se van unos y otros en ineptitud, falta de generosidad, incultura y ambiciones fantásticas.

Los políticos actuales son fiel reflejo de los vicios étnicos de España, y aun – a juicio de las personas más reflexivas y clarividentes que conozco – son un punto menos malos que el resto de nuestra sociedad.

Estos días asistimos a la catástrofe sobrevenida en la economía española por la torpeza y la inmoralidad de nuestros industriales y financieros.

Por grandes que sean la incompetencia y desaprensión de los políticos ¿quien puede dudar que los banqueros, negociantes y productores les ganan el campeonato?

Ortega y Gasset, José (1921). España Invertebrada.